

histórico por un número en el ejército alemán. Y cada regimiento del ejército prusiano, fuera de los creados después de la guerra de 1815, que son contados, tiene su historia, que va unida á su número y nombre prusianos; cada regimiento se enorgullece de sus glorias pasadas, y si las toca el tiempo nuevo, perderá todas las simpatías en el ejército.»

La tentativa mas leve para realizar en Prusia una aclamación por este estilo habria excitado la indignación del pueblo de cualquiera manera que se hubiese hecho, sin que ministerio alguno pudiese resistir al empuje popular. Así es que nada de esto se hizo, á pesar del «buen ejemplo» que dió el duque Ernesto II de Coburgo-Gotha cuando en 6 de agosto hizo formar toda su nación cerca de Gotha y dar un viva al administrador del imperio; lo que fué un suceso nacional que avergonzó á todos los demás soberanos de Alemania y que hizo ver al administrador del imperio dónde habia de buscar los puntales del poder central. Fué un suceso poco menos que ridículo, un testimonio público de la impotencia del nuevo imperio. Otro paso que se dió en setiembre con motivo de la cuestión del Schleswig-Holstein, que habia inspirado la idea de fundar un poder central, no sirvió mas que para confesar esta impotencia públicamente. La lucha por el Schleswig, abierta tan heroica como desgraciadamente en 9 de abril en la acción de Bau por los cazadores de Kiel, los estudiantes y aficionados á la gimnástica, habia sido llevada adelante por los regimientos de la Guardia prusiana, mandados por el general Wrangel en 23 de abril. Wrangel terminó la lucha de una manera brillantísima en una campaña de pocos días, en la cual quedaron ocupados por la tropa prusiana todo el Schleswig y casi toda la Jutlandia. En lo alto de la fortaleza dinamarquesa de Fredericia ondeaba la bandera alemana, y los vencedores impusieron á la población una contribución de guerra de dos millones de talers como indemnización por los barcos capturados por la escuadra dinamarquesa. Esta escuadra, pues, estaba fuera del alcance de las bayonetas y balas alemanas, como dijo Wrangel en su orden del día del 3 de mayo de 1848: «El enemigo ha evadido el Schleswig y el Holstein á excepcion de algunas pocas islas que por falta de buques de guerra son inaccesibles para nosotros.» Los alemanes no tenian buques de guerra entonces, ni habia en aquel tiempo la artillería de gran alcance que existe hoy; esto condenó á los alemanes á quedarse en tierra firme; pero en Jutlandia un ejército enemigo no tenia medio de sostenerse sin hacerse dueño de la isla de Fuenen, ni en Schleswig sin ser dueño de la isla de Alsen. Mientras, pues, los alemanes careciesen de una fuerte marina de guerra, era imposible que triunfases de los dinamarqueses: aquella era una guerra entre un perro de presa y un pez. Los dinamarqueses derrotados en tierra firme continuaban siempre invencibles, aunque no hiciesen otra cosa mas que bloquear las costas alemanas con sus buques de guerra y desangrar lentamente á las provincias marítimas alemanas del Báltico, cuyo daño pagaban las provincias prusianas de Pomerania y las dos provincias de la antigua Prusia oriental y occidental. La guerra de los alemanes por los ducados de Schleswig y de Holstein no tenia ningun objeto político claramente determinado, y después hemos visto que no podia ser decidida militarmente por gloriosos que fuesen los hechos de armas de los prusianos y por grande que fuese el entusiasmo popular. En 23 de mayo recibió Wrangel orden de retirarse, orden fundada en una multitud de motivos ficticios, pues el motivo era verdaderamente político (1). Ya hemos visto el eco que tuvo esta retirada en la asamblea fe-

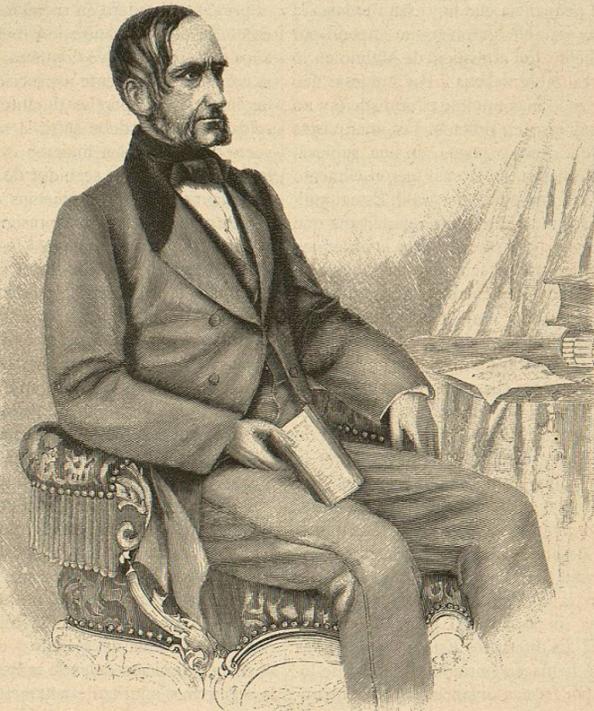
(1) Véanse los dos despachos de Arnim á Wrangel del 23 de mayo en la biografía de éste por Maltitz, Berlin, 1884, págs. 47 á 49.

deral reunida en la iglesia de San Pablo de Francfort. En junio hubo todavía combates por la posición de Duppel, y allí quedó mas que nunca demostrado que cuantos esfuerzos se hiciesen habian de ser vanos mientras los dinamarqueses estuvieran en posesión de la vecina isla de Alsen, donde tenían reunido el grueso de sus fuerzas y á punto siempre de efectuar desembarcos en el continente. En tales circunstancias tuvo que contentarse la Prusia con hacer un armisticio con Dinamarca, y por cierto no como lo impone un vencedor y como algunos patriotas lo esperaban y pedían, con lo cual solo dieron una prueba lastimosa de su falta de buen criterio y de conocimiento de la situación.

En 4 de setiembre el ministro del imperio Heckscher hizo saber á la asamblea federal que en 26 de agosto se habia firmado en Malmo un armisticio con Dinamarca, enviando copia literal con un escrito explicativo del ministro prusiano Camphausen. Además fueron distribuidos algunos otros documentos, y en 5 de setiembre presentó Dahlmann un informe en el cual las comisiones reunidas de asuntos extranjeros y del poder central proponían por mayoría de once votos contra ocho la suspensión de las disposiciones militares y otras adoptadas para ejecutar el armisticio. Esta proposición fué un acto de precipitación imperdonable en hombres serios, si bien cegados por la pasión del momento; y al día siguiente quedó demostrado que la aprobación de esta proposición por la asamblea habia sido un verdadero suicidio. El discurso en que Dahlmann apoyó la proposición, y en el cual pintaba la ignominia del armisticio y sus consecuencias terribles, estaba basado sobre explicaciones arbitrarias é ideas insostenibles, sin que figurase entre tantas imágenes un solo argumento sólido y de buen criterio. El armisticio era, según dijo, todo, menos glorioso, ni era posible que lo fuese, porque los dinamarqueses quedaban dueños del mar y de las islas. Esto último era verdad, pero no era ni vergonzoso ni funesto para la causa alemana, porque no se habia renunciado al buen derecho de los ducados. Las pretensiones y los derechos de Alemania y de Dinamarca habian quedado expresamente reservados para cuando se hiciese la paz, y además se habia estipulado que durante los siete meses del armisticio no habria tropas dinamarquesas en los ducados, con lo cual era evidente que el nuevo gobierno que habia de crearse en los ducados y que habia de ser formado exclusivamente por notables, quedaba libre de toda presión dinamarquesa. En cambio, la devolución de los buques capturados, valorados en seis millones de talers, el levantamiento del bloqueo y la terminación de la guerra marítima fueron verdaderas medidas de salvación para el comercio alemán en general y para los países marítimos alemanes y prusianos en el Báltico. Un gran mal hubo en este armisticio para la nueva Alemania, ó sea para su poder central, y era que en él no habia quedado reconocido internacionalmente; porque las condiciones del poder que el administrador del imperio habia concedido al ministerio prusiano para firmar el armisticio, ó no se habian cumplido ó no se habian observado exactamente, ni se habia dado la menor participación en este asunto al representante del administrador del imperio, que era Maximiliano de Gagern. En el escrito explicativo del ministro Camphausen se justificaba éste de todas las omisiones, diciendo que al rey de Dinamarca no se le habia anunciado todavía el establecimiento de un nuevo poder imperial alemán, y que la Prusia ni habia estado encargada ni tenia derecho de hacer esta comunicación oficial al rey de Dinamarca; por manera que para éste y su gobierno no existía siquiera oficialmente el administrador del imperio ni ningun representante suyo. Era, pues, perfectamente exacto lo que se decia en la introducción del armisticio, á saber: que

el rey de Prusia obraba en «nombre propio y en el de la confederación alemana,» porque para la Dinamarca era la confederación alemana la autoridad alemana con la cual habia de tratar. Estas fueron también las consideraciones que determinaron al ministerio del imperio á no tomar en consideración ninguna proposición que impidiera aprobar el armisticio, si bien no se le ocultó la inobservancia por parte de la Prusia de la misión que se le habia confiado. De todos modos era cierto que el armisticio habia sido ratificado el 2 de setiembre en Lubeck y que no podia ser suspendido sin violar el derecho internacional. La asamblea de Franc-

fort no podia obligar al gobierno de Prusia á cometer semejante violación, y la sola proposición era mas bien una declaración de guerra á la Prusia que á la Dinamarca. Solo los enemigos de la asamblea que se hubiesen propuesto enemistar con ella á los monarcas y á los monárquicos podían votar en favor de la suspensión del armisticio propuesta por Dahlmann. ¿Cómo este Dahlmann, prusiano, hombre monárquico, y amigo de la libertad dentro de la ley, llegó á hacer semejante proposición y á aliarse de este modo con los enemigos de la Prusia, de la monarquía y del orden? La contestación á esta pregunta se encuentra en los párrafos



Antonio de Schmerling  
(grabado en acero de Weger, copia de una fotografía)

finales de su discurso del 5 de setiembre, que dicen así: «Este nuevo poder alemán, nunca visto todavía desde que existe la Alemania, que tiene su centro aquí en la iglesia de San Pablo y sobre el cual vela la confianza de todo el pueblo alemán; este poder ¿ha de ser cercenado al nacer, destrozado por todos lados y finalmente inutilizado? (*Muchísimos bravos.*) Si nos sometemos á esta humillación al presentarse la primera prueba ante las potencias extranjeras; si procedemos al principio y al primer peligro con pusilanimidad, entonces, señores, ya no volveremos jamás á erguir la cabeza. (*En la izquierda muchos bravos.*) Acuérdense, señores, de estas mis palabras, jamás.» (*Bravos repetidos.*) De la misma manera se expresó después el diputado por Hamburgo, Wurm, diciendo: «No envilezcamos el poder central que hemos creado revestido de la majestad de la nación alemana; no dejemos pisotear lo que constituye el símbolo de la unidad alemana. Nos quedaria entonces la ignominia, la ignominia inextinguible de tolerar que se prescindiera del poder central y de la asamblea nacional.»

Falta saber si lo que la asamblea llamaba poder central

era una cosa positiva ó solo una ilusión, y si el «imperio» de la iglesia de San Pablo era un poder, ó para decirlo mas correctamente, si era el poder de la nación alemana, ante el cual todos los poderes particulares, sin exceptuar el de la Prusia, debían inclinarse; si todo lo que se fundaba en los nombres de administrador del imperio ó de ministerio del imperio era solo una cadena de ilusiones, que podían comprenderse y perdonarse en un tiempo en el cual podia formarse un poder ilusorio porque los verdaderos poderes estaban aletargados, pero que dejaba de ser comprensible y perdonable desde el momento en que el mundo ilusorio de aquel parlamento chocaba contra el mundo real de la gran política.

Esta era la cuestión ante la cual se vió puesta la asamblea por el destino. Dahlmann contestó como se lo dictó su fe, pero esta fe era la fe de un iluso, porque el poder que él queria preservar de toda humillación ni siquiera existió; era una palabra sonora, pero nada mas.

La iglesia de San Pablo, es decir, el gobierno del imperio, fué el único punto donde la resolución del 5 de setiembre produjo un trastorno; el ministerio del nuevo imperio, Schmer-

ling, dimitió, y Dahlmann recibió el encargo de formar otro nuevo, lo cual le puso en una situación delicadísima, pero que acabó pronto de una manera casi risible. El armisticio entretanto continuó en vigor como si nada hubiese ocurrido; muy pronto se convencieron los de la asamblea de que se habían irritado sin motivo suficiente, y cuando en 16 de setiembre aquel parlamento revocó, á propuesta de los diputados del Schleswig-Holstein, Francke, Droysen, Neergard y Michelsen, aquella resolución del día 5 del mismo mes, la mas necia que jamás parlamento alguno ha tomado, no hizo mas el parlamento que colocarse otra vez en el terreno del sano criterio. Pero en la redacción de la revocación hubo una expresión de pueril petulancia que hoy excita todavía la risa; porque decía que la asamblea resolvía «no impedir por mas tiempo el cumplimiento del armisticio de Malmo en lo que continuara siendo realizable todavía.» Por supuesto que la asamblea no impidió en lo mas mínimo el armisticio y no había hecho mas que ponerse en ridículo. Los anarquistas contestaron al triunfo de los monárquicos con una sublevación del populacho de Francfort, en la cual fueron vilmente asesinados el príncipe Lichnowsky y Auerswald. Este tumulto fué seguido de una segunda intentona republicana que acabó ridículamente al nacer, y desde entonces la asamblea de Francfort no fué ya un cuerpo gubernativo ni siquiera un congreso constituyente, sino simplemente un congreso de profesores cuyas resoluciones eran simplemente dictámenes, de los cuales ya nadie hizo caso fuera de sus autores.

En estos dictámenes se trataron todas las cuestiones vitales de la nación, figurando entre ellas, como era natural, la austriaca, la polaca y la romana, segun diremos á su tiempo. Por lo pronto hablaremos del dictamen sobre la cuestión de la fuerza armada, porque en esta cuestión precisamente la asamblea debía explicar lo que entendía por su poder y las relaciones de este poder con el de los diferentes Estados. Por eso se esperaba con tanta atención este dictamen, que con el título: «Proyecto de una ley de fuerza armada alemana» fué presentado á la asamblea en 25 de setiembre de 1848. En la introducción decía la comisión redactora que se había propuesto crear una fuerza armada general y popular alemana, sin perjudicar á los diferentes Estados particulares en su vida propia, y que había encontrado el medio de lograr su objeto tomando por base la organización militar prusiana, que había pasado no solamente por la prueba de la guerra sino, lo que era mas importante todavía, por la de mas de treinta años de paz, organización á la cual se había unido toda la existencia nacional del pueblo prusiano. Contra este proyecto publicaron entonces críticas dos oficiales distinguidos del ejército prusiano, el teniente coronel de estado mayor Hopfner y el de igual clase Griesheim en el ministerio de la Guerra. Este último era tambien el autor del folleto contra el poder central de que hemos hecho mención.

Un año despues escribió una memoria, que no fué publicada, contra el mismo proyecto el entonces príncipe heredero de Prusia y despues emperador Guillermo, memoria que es menester examinar aquí mas de cerca, ya que sobre los principios en ella expresados descansa la primera obra notable del futuro emperador, á saber, la reconstrucción del ejército prusiano de 1860.

Esta memoria es una obra maestra; en cada línea, en cada frase se conoce que el autor es esencialmente soldado; inteligencia que solo sostiene lo que puede probar; hombre perito que debe todo lo que sabe á la experiencia y que ha empleado toda su vida en examinar sus doctrinas; uno de esos caracteres que no saben decir una palabra mas de las que exige el asunto de que tratan; uno de aquellos genios conta-

dos á quienes conocemos como legisladores militares, y que tienen lo que Federico el Grande llamó *courage d'esprit*, valor que Federico admiró tanto en su padre, el creador de la infantería y de la hacienda prusiana.

La confusión de ideas y de nombres que entonces era general en Alemania, cuando el país de repente había visto desaparecer el misterio que hasta entonces le había ocultado todos los actos de gobierno, produjo los efectos mas funestos en materia militar y sobre todo en las tareas de la asamblea de Francfort. La comisión redactora decía en su dictamen que se había adaptado estrechamente á los rasgos fundamentales del sistema militar de Prusia. A esto observó el príncipe heredero en su memoria que los rasgos fundamentales de la organización militar eran tres, á saber, tres años de servicio activo continuo; educación del pueblo para la guerra, no solamente instrucción del quinto, y prohibición de licencias temporales durante la instrucción militar del soldado, que no debe sufrir la menor interrupción. El proyecto de la asamblea limitaba el servicio activo para la infantería á seis meses, seguidos de una licencia de cinco años con algunos meses intermedios de servicio de instrucción.

«Este no es el sistema prusiano, — dice el príncipe en su memoria; — y si á pesar de esto los autores del proyecto dicen que han tomado por modelo el sistema prusiano, lo habrán hecho con la intención de producir un efecto favorable para su proyecto, porque saben que desde mucho tiempo la Alemania mira con confianza y el extranjero con respeto una organización militar en la cual la Prusia ha resuelto el problema de tener en la guerra un ejército tan numeroso como bien instruido y disciplinado con el menor gasto posible y con el ejército activo mas reducido. El que quiera llegar á este objeto ha de querer tambien los medios que conducen á él.»

Por este estilo comenta el futuro emperador, afirmación por afirmación, todo el proyecto, ilustrando sus comentarios con observaciones, contra-proposiciones y razones, no sacadas de libros sino de la experiencia, y considera como cuestión capital la duración del primer servicio activo, en cuya ocasión expone todas las convicciones que despues le guiaron en su reforma del ejército y de las cuales jamás se apartó. Esta exposición de su fe militar está tan bien escrita que la seguiremos aquí tan exactamente como sea posible.

«El que quiere formar una idea de la aptitud de una organización militar pregunta en primer lugar por la duración del servicio activo, por la manera de dar licencias, y si la duración del servicio activo basta para hacer de un quinto un soldado verdadero. ¿Cuál es la relación entre el servicio activo y las licencias? ¿Están calculadas aquel y éstas de manera que el soldado no olvide durante las licencias lo que ha aprendido en el servicio activo? La reserva está fundada en Prusia sobre licencias en vasta escala. Se da la licencia por un período de nueve á diez años, durante el cual son convocados los reservistas solo dos ó tres veces durante quince días. Esta licencia prolongada con tan pocas llamadas al servicio es solo posible cuando la primera instrucción y práctica en el servicio activo ha sido suficiente y no interrumpida.»

«El creador de esta organización, el ministro de la Guerra Boyen, reconoció con su penetración clarísima que una reserva en licencia solo podía valer algo si cada individuo había recibido una instrucción militar sólida que solo requiere un pequeño repaso para refrescar la memoria. El rey Federico Guillermo III, el inmortal y verdadero Gran Capitán, comprendió la idea de su ministro y la llevó en la práctica á aquella perfección que hemos visto en la reserva prusiana á la muerte de aquel inolvidable rey. Tambien en tiempos

modernos ha dado la reserva grandes pruebas de fidelidad, de obediencia y de disciplina. En medio de una crisis que difícilmente ha tenido que pasar ningun otro Estado, enfrente de maquinaciones revolucionarias que emplearon todos los medios para inducir al pueblo á abandonar á su soberano legítimo, en medio de todo esto pudo el rey de Prusia confiar en su reserva. Le bastó que llamara cincuenta batallones de reserva de las entrañas del pueblo, y como por arte mágico vió formados estos 50,000 hombres: acto tan honroso para el carácter del pueblo como para su honor militar. ¿Por qué medio se obtuvo resultado tan brillante? Por la educación verdaderamente militar que recibe el soldado prusiano, por sus hábitos del servicio y por la manera en que se identifica al soldado con los deberes y cargos de este servicio, así como por la inteligencia de la razón de estos deberes. Todo esto, sin embargo, requiere tiempo, y por lo mismo no se comprende cómo ha podido formarse y extenderse la idea de que se puede tener un soldado de infantería en seis meses. Si se piensa solamente en la instrucción y en el ejercicio de las armas, bastan de seis á diez semanas; pero ¿qué es entonces el recluta? Es un recluta instruido en los ejercicios, pero no es «soldado,» y esto es lo que no ven los que juzgan superficialmente. El mérito de una tropa depende de su educación hasta la adquisición de las verdaderas virtudes militares y de la confianza que los jefes tienen en los subordinados y vice-versa.» Pero se objeta: en los años desde 1809 á 1812 solo duró el servicio de instrucción en Prusia seis meses y en 1813 se componía la reserva solo de quintos rudos, y sin embargo, se alcanzaron las victorias de aquellos años de gloria. A esta objeción contesta el príncipe heredero: «Los que hayan visto aquellos tiempos en Prusia saben hasta qué grado el pueblo estaba excitado y cuán grande era su deseo de libertarse del yugo enemigo, que llevaba entonces siete años seguidos; de allí salió el entusiasmo que le indujo á hacer sacrificios imposibles cuando el rey lo llamó á las armas; pero semejante disposición de espíritu no debe servir de norma á otras situaciones distintas.»

«Aquellos seis meses de servicio debían bastar á la fuerza; pero semejante trabajo de instrucción militar, renovando los reclutas cada seis meses, cansaría tanto á los oficiales y sargentos que solo por esta razón no podría llegar á ser jamás sistema. La primera entrada en acción de la reserva á los tres meses escasos de instrucción, cuando en 1813 tuvo que hacer frente al enemigo en Lowenberg y Culm, ocasionó grandes pérdidas, que solo deben atribuirse á la precipitación, si bien esta era forzosa é inevitable. Despues que aquella reserva estuvo fogueada, no cedió en nada al ejército activo. Por lo menos sería muy dudoso que la reserva del año 1813 hubiese dado tales resultados á no haber estado poseída de aquel entusiasmo moral. Sobre esto se explicó claramente el mismo ministro Boyen cuando se le preguntó por qué no había conservado el sistema de reserva del año 1813 cuando dos años despues se reorganizó el ejército prusiano. A esto contestó Boyen: «Porque quise algo mejor que lo que nos había inspirado y permitido hacer la necesidad.» En estas pocas palabras queda justificado todo lo que hasta aquí hemos dicho.»

En Alemania como en Francia había nacido durante los años de paz una leyenda militar que se apoderó de las cabezas de los no entendidos en este ramo. En Francia se contaron maravillas de los «voluntarios de 1792» y de las «levas en masa del año 1793,» y en Alemania se había apoderado de los ánimos la ilusión de que las reservas de 1813 habían sido invencibles no solamente á pesar de la poca duración de su servicio sino justamente por efecto de esta poca duración. Semejantes á los pedagogos que se rompen la cabeza para inventar métodos de aprender tal ó cual ciencia jagan-

do, es decir, sin trabajo, los partidos políticos se devanaron los sesos para inventar una organización militar que diera un ejército invencible en la guerra sin causar molestias en la paz, y creyeron haber descubierto el secreto con su llamado ejército popular, que pretendían hecho por el modelo de la Prusia, pero que en realidad habían inventado arbitrariamente. Una idea errónea acerca de la historia militar de la Prusia se había apoderado hasta de los hombres del ramo, pues en la comisión autora del proyecto de la asamblea alemana había cuatro oficiales prusianos, de los cuales no se dice que hubiesen votado lo contrario que sus demás compañeros. El príncipe de Prusia destruyó entonces la leyenda militar que iba tomando cuerpo respecto de la guerra napoleónica, sin sospechar que mas adelante le tocaría hacer otra guerra colosal con otro Napoleón.

«Nunca quizás, — dice el autor al final de su memoria, — ha tenido que soportar un ejército tantas ignominias como el prusiano en el fatal año 1848; pero aquel ejército objeto de bafa y de todas las mañas de seducción, se ha conservado inquebrantable en su espíritu y disciplina; ha cumplido su deber contra toda clase de enemigos con una fidelidad y adhesión que le han atraído de nuevo la admiración del mundo. ¿En qué estriba esta energía, perseverancia y fidelidad? Estriba en el carácter, que es tambien el de la mayor parte de la nación prusiana, y despues en la educación que reciben los soldados prusianos, por medio de la cual únicamente se concibe que adquieran verdaderas virtudes militares. El soldado prusiano en todas partes donde se muestra ostenta estas virtudes; el espíritu militar se patentiza en todos los grados, y representado por un cuerpo incomparable de oficialidad, irradia sobre todo el ejército; hay aquella confianza mencionada ya de los jefes en sus subordinados y de estos en sus jefes; confianza que se muestra en el ejército prusiano y que lo hace tan heróico en los campos de batalla como sujeto á la disciplina, cuyo manejo facilita en sumo grado. Todo militar llamado á dar su opinión sobre una organización militar, debe tener el deseo ardiente de obtener estos mismos resultados. El que quiera obtenerlos ha de querer tambien los medios, y estos se encuentran en el servicio de dos ó tres años sobre las armas.» Toda la memoria respira este espíritu; es una lucha constante contra las doctrinas erróneas del «ejército popular,» que la comisión del parlamento de Francfort había propuesto en su proyecto. En el artículo 57 de este proyecto se trataba del ascenso á oficial en la primera y segunda reserva, respecto de lo cual decía: «El principio fundamental de todo ascenso hasta capitán de compañía en la infantería y jefe de escuadrón en la caballería, se determinará por la elección de los individuos.» A esto opondrá el príncipe heredero en su memoria la contraposición: «El principio para el ascenso á oficial será la elección por los oficiales, cuya elección requiere ser confirmada por el gobierno respectivo del país.» La comisión autora del proyecto quiso atraerse la popularidad con la elección de los oficiales, pero el príncipe heredero no se pagaba de palabras sonoras ni de popularidad falsa, y por esto dice en su memoria: «En toda elección resulta ofendida la minoría y todos los no elegidos se creen con igual derecho para serlo que el favorecido. Este es un germen de descontento constante y de consiguiente de indisciplina; pero júzguese ahora del peligro en la práctica cuando el elegido resulta inepto, lo cual originará en sus electores el deseo de destituirle. No hay que decir que estas ideas pueden acarrear la desorganización de todo un ejército, porque ningun jefe estaría seguro en su puesto ni son posibles entonces la autoridad é influencia, por una parte, ni por la otra la obediencia y la subordinación.»